

ECONOMÍA / Los bancos del tiempo de Ermua y La Peña intercambian servicios sin que intermedie su valor monetario / Ofrecen labores como cuidado de niños, repostería, atención odontológica, masajes, traducciones o elaborar páginas web

Un banco en el que 'don Dinero' no es poderoso caballero

OLAIA F. JACOB

BILBAO.- Cuando Maite Fernández trabajaba en Cáritas, su día a día le hizo reflexionar sobre los problemas que provocaba el aislamiento de las personas. «Recuerdo el caso de una inmigrante que tenía el hijo enfermo y no podía ir a cuidar al anciano para el que trabajaba», cuenta, «pensé en la cantidad de gente que podría ayudar a aquella mujer si perviviera la «solidaridad de escalera»». Con el tiempo, Fernández acabaría dando con la solución: un banco cuyo máximo capital son las personas y su mejor cuenta de resultados, ayudarlas en el día a día.

Nació el Banco del Tiempo de Ermua, un lugar de intercambio de saberes en el que los euros no tienen ningún valor, ya que la unidad de pago es la hora. «Cada uno ofrece su colaboración a otros socios en aquello que le gusta o sabe hacer», explica Fernández, «y a su vez recibe lo que necesita de esa u otra persona». Para llevar las cuentas, cada miembro posee una curiosa «chequera del tiempo» con la que «paga» los servicios ofrecidos y «cobra» los prestados.

Gestionado a través de la Asociación Auzopolis, el banco nació el pasado mes de octubre y ya cuenta con 30 entusiasmados socios. Como Rosa Díaz, que no desaprovecha la oportunidad de difundir la idea entre las clientas de su peluquería. «Yo me ofrezco a cortar, peinar o dar unas mechas a cualquier socio que me lo pida», explica, «hay quien me dice que estoy loca pero creo en la idea y pienso que me compensa».

Rosa aún se emociona al recordar el último servicio que demandó del Banco. «En Reyes tenía que trabajar y ni mi madre ni mi marido podían llevar al niño a la Cabalgata», rememora, «pero alguien se encargó de hacerlo en mi lugar, por cierto con tanto cariño como podía haberlo hecho yo».

Para apuntarse sólo es necesario concertar una cita en el teléfono 695 777 986, realizar una entrevista «para ver el compromiso y la seriedad de la persona» y cumplimentar un cuestionario con lo que se ofrece y demanda.

20 horas de deuda, el máximo

El abanico de servicios que se ofrecen en este Banco del Tiempo es tan amplio como heterogéneo: cuidar a un niño, coser un disfraz, hacer un traje, dar clases de informática... Incluso la web de Auzopolis (www.auzopolis.net) está hecha por una socia que reside en Inglaterra. «En realidad trato de ir a Ermua todo lo que puedo, no me gustaría perder el vínculo», relata desde su domicilio en Lancaster esta joven llamada Noelia Osés. «Para mí lo de las webs es un hobby y me permite colaborar desde aquí», explica, «y cuando voy ya he pedido algún arreglo de costura». «La verdad, ojalá aquí tuviera algo parecido, he cambiado varias veces de ciudad y siendo extranjera te das cuenta de lo importante que es la cercanía con la gente de tu entor-



Jaime Jáuregui recibe consejos de cocina de Marisol Trevilla. / REPORTAJE GRÁFICO: PATXI CORRAL



Nagore Luengo es dentista y Consuelo Vega es modista o acompañante dentro del Banco del Tiempo.

no», explica.

«No establecemos jerarquía entre los saberes, aquí cuenta lo mismo hacer un pollo en salsa que dar clases de francés», matiza Inma Pagalday, otra de las impulsoras de la idea. «Lo que importa es el esfuerzo de quien ayuda», remarca, «y de he-

cho los saberes básicos son los más demandados».

Un buen ejemplo es el de Nagore Luengo. «Podría prestarme para cocinar o cuidar niños, pero casi no tengo tiempo ni para atender a la mía», explica, «así que sólo puedo ofrecer mi trabajo, y si a cambio al-

guien hace un recado por mí está ayudándome tanto o más». Luengo, como todos los socios, cobra una cantidad simbólica para cubrir los gastos derivados del servicio.

«Es la solución ideal para la gente que vive sola, para inmigrantes sin apoyo familiar, personas que

cuentan con pocos apoyos para cuidar a los hijos y trabajar a la vez...», enumera Maite Fernández. «Para mí lo mejor es la tranquilidad de saber que si tengo un apuro alguien me ayudará», dice Amaia Martinkorena. «Ya me ocurrió una vez y me quedé alucinada: estaba en el aeropuerto sin posibilidad de que me vinieran a recoger, con mis hijos y 20 maletas, y un socio vino a buscarme, hasta se encargó de conseguir unas sillitas para los niños», rememora.

Una de las normas básicas es que el tiempo se toma cuando se necesita y se devuelve cuando se puede, siempre y cuando no se sobrepasen las 20 horas de deuda. «En mi caso estoy en el paro y ahora puedo ofrecerme», explica Pedro Ramírez, «pero más adelante quizás ande justo de tiempo y necesite que alguien me eche una mano, por ejemplo a recoger a la amama, una tarea de la que me suelo encargar yo».

«A las personas mayores les da la oportunidad de sentirse útiles», comenta Laura Díez, una de las socias más jóvenes, «la gente de mi edad somos buenos con las tecnologías pero la aguja y el hilo son otro cantar». La última petición que hizo Díez fue precisamente coser unos pantalones. «Me lo hicieron estupendamente y además conocí a alguien nuevo, una mujer de mediana edad a la que de otra forma no tendría la posibilidad de tratar», explica.

«Si te descuidas incluso fomenta el consumo responsable, porque si pago con dinero igual pido que me limpien una moqueta que no está tan sucia», argumenta Maite Fernández, «pero si conozco a la persona que me lo va a hacer y sé de primera mano el trabajo que le cuesta hacerlo... seguramente me lo pensaré dos veces antes de pedirlo». «La verdad es que se pueden decir muchas cosas de esta iniciativa, pero ninguna negativa», concluye.

Banco de La Peña

La iniciativa, nacida en Italia a principios de los 90, tiene su primer precedente en Euskadi en el barrio bilbaíno de La Peña, donde desde hace más de cinco años la asociación de mujeres Andre Berri gestiona un Banco del Tiempo. «Somos como una familia, nos juntamos para hacer comidas, encuentros de té...», explica su secretaria, Marisol Trevilla, «y cuando nos hace falta tiramos del listín del banco para que nos echen una mano». Trevilla atiende el teléfono 944162388, donde informa a los nuevos miembros y toma nota del flujo de horas dadas y recibidas.

«Surgió porque Flori Vicente, la presidenta, acudió a unas jornadas organizadas por Bolunta en las que participó un Banco del Tiempo de Barcelona», rememora Marisol Trevilla, «y pensamos en implantar la idea en el barrio». «Fue una época de mucho trabajo, de contactar con iniciativas similares, difundir la idea, recabar apoyos...», explica la secretaria, «pero nos ayudaron el Ayuntamiento y dos estudiantes de